

# BELGICA EN LA ANTARTIDA

Por

Barón G. de GERLACHE de Gomery

El jefe de la Expedición Belga 1957-1958 Año Geofísico Internacional, describe la vida en la Antártida medio siglo después de Scott.



**M**UCHAS VECES me han preguntado si siempre pensé seguir las huellas de mi padre y explorar las regiones polares, y con toda franqueza puedo responder que no. Por supuesto, crecí rodeado por recuerdos de su buque polar, el "Bélgica", y un maravilloso modelo de la nave siempre fascinó mis ojos infantiles. El desván de nuestra casa estaba atestado de trineos, arpones, zapatos para la nieve y ropa de gamuza. Cuando tenía doce años, mi padre me llevó en un crucero al norte de Spitsbergen, en medio del "pack-ice" y los témpanos. Una y otra vez había leído historias sobre expediciones polares, pero nunca se me había ocurrido la idea de llevar a cabo una nueva expedición belga a la Antártida.

Tal vez los acontecimientos moldean al hombre, pero se necesita de la Divina Providencia y mucha suerte para guiar sus aventuras.

Cuando diez países decidieron establecer bases de observación en la Antártida durante el Año Geofísico Internacional 1957-1958, no pude dejar de

preguntarme si mi país permanecería indiferente antes estas nuevas aperturas hacia el sur, olvidando que la expedición del "Bélgica" en 1898 había sido la primera en arrostrar los rigores del invierno en ese continente. Sin vacilación estimé como un deber hacer comprender a mi gobierno que convenía a los intereses de Bélgica, a su reputación científica y a su tradición de exploración polar, izar una vez más nuestro emblema sobre el hielo austral.

Fue así como hice algunos contactos preliminares y decidí que si tenía éxito yo mismo iba a organizar y dirigir una expedición antártica, como mi padre lo había hecho.

Después de once meses de negociaciones obtuve del gobierno belga los fondos necesarios. Esta subvención de 300.000 libras y muchas otras contribuciones privadas, por un monto de 100.000 libras más, me permitieron hacer frente a los enormes gastos de una expedición científica moderna.

El éxito de una empresa de este tipo depende esencialmente de los preparativos. Todo debe estar previsto; cuando se está invernando en la Antártida la más



El "Bélgica" atrapado en los hielos durante 11 meses en 1898 (La expedición del padre del autor de este artículo).

minima omisión o equivocación puede tener graves consecuencias para el programa científico, e incluso para la vida de los hombres. El aislamiento en esa región es completo; no existen los supermercados a la vuelta de la esquina.

Nuestros preparativos fueron meticulosos y demoramos más de un año en completarlos; nada fue dejado al azar. Todas las cabañas e instrumentos que íbamos a llevar fueron instalados y probados antes de partir. Los diecisiete miembros reclutados para participar en la expedición eran todos idóneos. Es raro encontrar hombres que combinen un amplio conocimiento en su propia especialidad con las cualidades humanas necesarias para soportar un largo período de vida comunitaria en una tierra tan hostil como la Antártida, pero tuve la suerte de reunir el grupo adecuado que iba a hacer un excelente trabajo. Nos preparamos en muchas formas diferentes. Uno de nuestros colegas pudo ir a entrenamiento por varios meses a los campos helados de Groenlandia a fin de aprender a dirigir un grupo de perros. Yo, por mi parte, tuve la oportunidad de participar en la campaña de verano de una expedición antártica francesa en la Tierra

Adelaida y de ver cómo funciona un campamento-base moderno. Los dos pilotos de nuestra expedición —el príncipe de Ligne y yo, que habíamos prestado servicios en la Real Fuerza Aérea en 1943-45— fuimos entrenados en Suiza por el conocido piloto Herman Geiger en el manejo de aviones equipados con skíes. La mayoría de los miembros de la expedición adquirieron experiencia con las grietas en el Valle Blanco de Chamonix. Los científicos tuvieron numerosos contactos con colegas de observatorios tanto en Bélgica como en el extranjero.

Podría decir que cuando salimos de Amberes el 12 de noviembre de 1957, las circunstancias estaban de nuestra parte. Sin embargo, teníamos que correr un enorme riesgo: nos dirigíamos a una región de la costa antártica donde nadie había desembarcado hasta la fecha. Incluso cuando el "Polarhav" y el "Polar sirkel", los dos buques noruegos cazadores de focas que habíamos fletado habían logrado abrirse paso a través de la barrera de hielo, no se sabía si podríamos encontrar a lo largo del gran risco helado que defiende la fortaleza antártica una bahía adecuada para descargar nuestras 450 toneladas de pertrechos.

Después de tocar puerto por un corto tiempo en Ciudad del Cabo, nuestros buques pusieron rumbo al sur. Esperábamos poder desembarcar en longitud  $24^{\circ}$  E en la costa de la Tierra de la Princesa Ragnhild, en la Tierra de la Reina Maud, en una bahía que el noruego Wideroe había sobrevolado en 1937. Nuestro campamento base cumpliría con todos sus objetivos científicos solamente si se hallaba suficientemente lejos de las bases vecinas. Estar cerca es un concepto muy especial en la Antártida: significa hallarse separados por unos cientos de millas. Nuestros vecinos más próximos serían los noruegos y los australianos, con bases a 550 y 1.000 millas de nosotros, respectivamente.

El 18 de diciembre de 1957 nos topamos con el "pack-ice" y durante 5 días nuestros dos pequeños buques, muy fáciles de maniobrar, lograron avanzar buscando canales despejados y puntos débiles en el hielo. Sus capitanes estuvieron constantemente de guardia en las cofas de los buques y llegamos a acostumbrarnos al ruido del hielo al chocar contra las planchas del casco. A veces, cuando no era posible empujar el hielo flotante hacia los lados, los buques daban marcha atrás y luego avante a toda fuerza quebrándolo con sus rodas.

El 23 de diciembre nos pareció que la capa de hielo que teníamos frente a nosotros era infranqueable. Había llegado el momento de usar el helicóptero, instalado en una plataforma que habíamos construido en la popa del "Polarhav". Esta primera exploración fue reconfortante. La costa de la Antártida estaba setenta millas al sur, y parecía posible pasar a través del "pack-ice" aunque con dificultad. Al día siguiente el hielo se abrió un poco y a pesar de la niebla logramos acercarnos unas cinco millas hacia la plataforma helada que lográbamos ver en nuestra pantalla de radar. Dos vuelos más de helicópteros en los días subsiguientes nos permitieron demarcar una bahía que terminaba en una suave inclinación hacia la plataforma de hielo. La bautizamos con el nombre de Bahía Rey Leopoldo III; ese sería nuestro lugar de desembarco. El vuelo del día 27 de diciembre, aunque fructífero, pues logramos descubrir este lugar de desembarco, casi terminó con una desgracia, porque de repente el

helicóptero fue envuelto por una nevada y como íbamos volando muy bajo para ver si había grietas, chocamos contra un cerro. Afortunadamente salimos ilesos y sin daños graves en la máquina. Este accidente nos obligó a volver a pie a los buques, lo que nos permitió confirmar que el terreno era muy adecuado para el empleo de vehículos.

Las dos semanas que siguieron fueron indudablemente un período muy difícil para la expedición, pues tuvimos que preocuparnos de desembarcar todas nuestras provisiones y al mismo tiempo instalar el campamento base. Había dividido mi equipo en tres grupos; el primero en el lugar de desembarco, para ayudar a los marinos noruegos a descargar los buques; el segundo para trasladar los pertrechos con nuestros tractores pesados especiales para la nieve hasta el lugar escogido para acampar, ocho millas tierra adentro; y el tercero para construir las cabañas. (La posición exacta del campamento, que bautizamos Base Rey Balduino, era  $70^{\circ} 25' 53''$  S -  $24^{\circ} 18' 38''$  E). El grupo de construcción durmió bajo tiendas durante dos semanas, pero nuestro trabajo resultó considerablemente aliviado porque nos hallábamos en un excelente estado de entrenamiento. Sin embargo, al octavo día de descarga tuvimos una cálida bienvenida: en realidad, registramos una ventisca bastante seria y en unos pocos segundos el viento aumentó a unas 100 m.p.h. En la playa, el hielo de la bahía empezó a derivar mientras en el campamento los hombres colocaban el techo de la cabaña principal. Este casi salió volando y sólo lo sujetamos con mucha dificultad mediante cables.

El 11 de enero de 1958, nuestras 3 cabañas principales estaban techadas y los buques partieron. Ese mismo día inauguramos oficialmente la base Rey Balduino y fue la antigua bandera belga del "Bélgica", que yo había traído, la que izamos en el asta, y así flameó nuevamente en la Antártida después de sesenta años.

Ahora estábamos totalmente separados del mundo, por cuanto todavía no habíamos logrado armar nuestras instalaciones de radio. Había trabajos más urgentes que hacer: terminar las cabañas y, sobre todo, dar comienzo a nuestro programa científico lo más pronto posible.

Todas las observaciones que íbamos a realizar dentro del programa del Año Geofísico Internacional estaban efectuándose a partir de los últimos días de febrero y continuaron sin interrupción hasta finalizar nuestra estadía. Aparte de meteorología, radiación ionosférica y solar, auroras y geomagnetismo, teníamos un programa especial dedicado a la radiactividad de la atmósfera, a cargo de nuestro colega Edgard Picciotto, de la Universidad de Bruselas.

A lo mejor, más de alguien cree que ser explorador en la Antártida es un trabajo variado y excitante, pero para la mayoría de nosotros no lo era. Exceptuando a quienes tuvieron la oportunidad de hacer excursiones a las montañas, nuestro trabajo consistía en una ronda diaria regular y monótona. Día tras día y noche tras noche había que hacer las mismas observaciones, con los mismos instrumentos. Esta continuidad de la actividad era física y mentalmente agotadora. Por muy modernos que sean los instrumentos, es el hombre finalmente quien evalúa lo que han registrado.

Indudablemente una de las características de nuestra expedición fue la excelente calidad de nuestras comunicaciones por radio. Desde abril en adelante pudimos tener enlace telefónico directo con Bélgica casi todos los días y a veces la comunicación era rápida y muy clara. Además de poder fortalecer nuestra moral hablando con nuestras familias —a un promedio de uno por turno, una vez cada dos semanas— logramos obtener consejos científicos, consultas médicas e incluso nuevas recetas para nuestro cocinero.

El 19 de mayo, el sol se hundió bajo el horizonte: la noche polar que duraría tres meses, había llegado. Solamente la luna y las estrellas, cuando no estaban ocultas por la ventisca, iluminaban el blanco desierto que nos rodeaba. El campamento, sepultado bajo la nieve, parecía un buque fantasma sumergido del cual solamente sus mástiles se alzaban sobre un mar nacarado; o, más bien, un submarino cuyo interior bullía de actividad. La pequeña comunidad de la base Rey Balduino era como una colmena zumbadora rodeada por el ruido de los generadores y de la conexión automática de los instrumentos científicos a intervalos

regulares. Era un pequeño taller electrónico perdido en la inmensidad de la Antártida, pero transmitiendo diariamente el resultado de sus observaciones.

¿Cómo eran las condiciones de vida en nuestro campamento y, principalmente, cuál era la importancia de esta base en relación con las de otras expediciones? Podía decirse que la base belga era de mediana importancia, menos importante que las de americanos y rusos, pero tanto como las de Francia y Gran Bretaña. Nuestra cabaña más espaciosa de 104 por 20 pies, contenía la cocina, la sala de estar y la cabina de radio, además de nuestras habitaciones individuales. Yo había insistido especialmente en que cada miembro de la expedición debía tener una pequeña habitación propia no del todo grande (8 por 6 pies), pero suficiente para permitir a cada uno un poco de privacidad, que, según mi opinión, era agradable y necesaria al mismo tiempo para pasar el largo invierno.

La segunda cabaña era el verdadero corazón del campamento: era la estación de energía, con sus tres generadores, cada uno de 18 Kw, que proporcionaban electricidad a toda la base. En la tercera cabaña estaban todos los instrumentos de medición científica. Por otra parte, las balanzas magnéticas estaban instaladas aparte en dos pequeños albergues exteriores a 150 yardas de distancia. La temperatura en estas cabañas era confortable, una constante de 60° F, ya que las paredes estaban bien aisladas, aislamiento que fue reforzado por la capa de nieve que las cubría. Es curioso destacar que usamos menos combustible para la calefacción que el que se habría usado para una casa con una superficie equivalente en Bélgica.

En la cabaña científica tuvimos algunas noches hasta una temperatura tropical de 85° F, que se necesitaba para deshelar la cúpula donde se hallaba la cámara que fotografiaba automáticamente las auroras australes. Era realmente un espectáculo ver a los hombres trabajar desnudos hasta la cintura en sus cabañas durante la guardia nocturna interpretando la información sobre las condiciones atmosféricas transmitidas por la radio sonda. Pero cuando salían en la noche para hacer sus observaciones exteriores muchas veces experimentaban una baja de temperatura

de 125° F, ya que la temperatura en invierno a la intemperie era muchas veces de 70° F bajo el punto de congelación.

Nuestra cocina era excelente, gracias a nuestro oficial de abastecimientos, que no había olvidado nada y sobre todo que hizo una innovación abasteciéndonos con provisiones congeladas, de modo que una vez a la semana nos servíamos carne y verduras frescas. Estos alimentos congelados se mantuvieron en buen estado durante 14 meses en un gran sótano cavado en el hielo: teníamos a nuestra disposición el refrigerador más grande del mundo.

Nos turnábamos para hacer el aseo durante el día. Este trabajo consistía principalmente en poner la mesa, traer nieve y disolverla para transformarla en agua en una retorta calentada por los gases del escape del generador, limpiar nuestro alojamiento y ocuparse del lavado, vaciar la basura, etc. Pueden tener la seguridad que nunca le contaremos a nuestras esposas lo hábiles que llegamos a ser en estas artes.

Aunque las condiciones de vida dentro del campamento eran confortables, era muy distinto afuera. En primer lugar estaban las ventiscas que durante algunos meses ululaban dos de cada tres días y también se hallaba la nieve que caía sobre el campamento, lo que significaba que teníamos que limpiar constantemente la que caía sobre el equipo almacenado a la intemperie. Si hubiéramos tenido que elegir un nuevo escudo de armas para nuestra expedición, creo que nos habríamos decidido unánimemente por un par de palas de nieve cruzadas, ya que fue la herramienta más usada durante nuestra estadía en la Antártida. Además, por una de las leyes de la incomodidad universal muy conocida aquí, bastaba que empezáramos a desenterrar nuestro equipo de la nieve para que empezara la ventisca y llenara el hueco tan rápidamente como nosotros cavábamos.

El día 1° de octubre de 1958, marcó la transición a una actividad más intensa a la intemperie. El avión y el helicóptero fueron sacados de sus refugios y se prepararon los vehículos para las exploraciones de verano. Organizamos varias expediciones de unos pocos días hacia la costa. Anteriormente, en marzo, habíamos hecho un viaje de reconocimiento de

tres semanas hacia las montañas situadas a 125 millas hacia el sur de nuestra base; a fines de octubre salimos nuevamente con nueve hombres para explorar sistemáticamente estos cerros durante dos meses. Los dos grupos de perros y sus conductores emprendieron la investigación geológica. Trajeron de vuelta cientos de libras de muestras de rocas, desde granito intruso y diorita, gneis y magmas, venas graníticas y pegmatíticas.

Los hombres de la columna mecanizada se dedicaron a efectuar mediciones de geomagnetismo y especialmente a determinar posiciones astronómicas. El avión tomó fotos aéreas de la costa y de las montañas. En esta forma se completarían dos mapas exactos de la región a nuestro regreso a Bélgica: un mapa de la costa a escala de 1:200.000 y otro de las montañas a escala de 1:50.000.

Durante estos vuelos, el príncipe de Ligne notó una nueva cadena montañosa y decidimos explorarla también. Cuatro de nosotros fuimos llevados en avión uno por uno al pie de estas montañas. Ahí, en el momento de despegar uno de los skíes del Auster se rompió. El avión se estrelló y el equipo de radio resultó dañado y mis tres compañeros y yo nos encontramos aislados a 80 millas del punto donde habíamos dejado los vehículos. Después supimos que las anchas grietas que se habían abierto alrededor del estacionamiento de los vehículos les impidió partir. Nuestra caminata en etapas de doce millas por día fue difícil, pero teníamos confianza. Entretanto, nuestros colegas en la Base Rey Balduino estaban empezando a preocuparse al no tener noticias nuestras y el capitán Xavier de Maere, nuestro segundo comandante, acertadamente decidió hacer una llamada de ayuda. Un avión pilotado por el comandante Perov, salió de la base rusa a 1.800 millas de distancia. Después de buscar durante cinco días, nos ubicó cuando ya habíamos hecho las dos terceras partes del camino y nos llevó de vuelta a nuestra base; en esta forma el comandante Perov y su tripulación demostraron que el compañerismo en la Antártida no es una frase vacía, y que todos los que comparten el esfuerzo en este continente, cualquiera que sea su nacionalidad, se entienden entre sí y están dispuestos a prestarse ayuda tan pronto como se hace necesario.

Las condiciones de vida durante estos viajes eran difíciles. Nos alojábamos tanto en los vehículos como en una tienda y cuando despertábamos en las mañanas, había 45° F bajo cero adentro y nuestros sacos de dormir estaban tiesos con el hielo. Las largas horas pasadas a la intemperie mientras hacíamos nuestras observaciones fueron agotadoras. Para la Navidad de 1958, cuando los nueve volvimos de nuestra exploración de la cadena montañosa, cada uno había perdido un promedio de 17 y media libras, a pesar de la impresionante cantidad de calorías contenidas en nuestras raciones.

Una última prueba nos esperaba al final del invierno y la solidaridad antártica quedó de manifiesto una vez más. El "Polarhav", que venía a recogernos, quedó bloqueado por el hielo a unas pocas millas de la Bahía Rey Leopoldo y empezó a derivar en el pack-ice que lo sujetaba. ¿Tendríamos que pasar un segundo año en la Antártida? ¿Sería incapaz de desembarcar el grupo de relevo del comandante Bastin? A pesar de nuestras reservas de alimentos y combustibles para dos años, esta perspectiva no era exactamente halagadora. Pero el rompehielos americano "Glacier" vino en rescate del "Polarhav". Sin embargo, el hielo entregó de mala gana a su prisionero y al "Glacier" le tocó a su vez el turno de quedar pegado. El 12 de febrero de 1959 disminuyó la presión del hielo; el "Polarhav" se liberó y 10 días más tarde dejamos la base, después de haber entregado todo correctamente a nuestros sucesores.

El 2 de abril llegamos de vuelta a Ostende. Su Majestad el rey de los bel-

gas graciosamente había venido a encontrarnos y darnos la bienvenida de vuelta al hogar. Con orgullo miré a los 16 hombres de mi grupo alineados en el muelle y me sentí inmensamente agradecido de todos ellos. Habían confiado en mí cuando dieciséis meses antes, habíamos partido hacia lo desconocido. Su capacidad, devoción y valor habían forjado el éxito de nuestra expedición, la Expedición Antártica Belga 1957-1958. Su trabajo había sido excelente y su cosecha científica era impresionante. La Base Rey Balduino fue construida sólidamente y durará varios años; aunque actualmente está desocupada, después de la expedición del mayor Derom en 1960, está esperando nuevas expediciones antárticas belgas que, una vez más espero, emprenderán el camino hacia el sur.

La mayoría de los que hemos vivido en ese desierto helado que es el continente antártico deseamos volver a él, porque nos dio muchos momentos de suprema felicidad. Están las delicias visuales que permanecen siempre frescas en nuestra memoria, la embrujadora belleza de las grandes extensiones, los espejismos, las montañas de ensueño; también la experiencia personal en el austero yermo que defiende encarnizadamente sus secretos, el emocionante conflicto entre el espíritu humano y las fuerzas de la naturaleza y por encima de todo el conocimiento de un trabajo valioso bien realizado. Estos recuerdos no pueden traducirse en palabras y no se desvanecerán nunca de nuestras mentes.

De "The Geographical Magazine", mayo 1962.

